

La Islita

Otra mañana con el cielo raso y con el sol saliendo del agua me hicieron pensar en el hombre de los periódicos.

- Allí, cada mañana pintan el cielo de azul y sacan del mar la bola de fuego. Se llevan los ruidos y paran el tiempo. Hay quienes piensan que es un paraíso y a quienes les resulta el mismo infierno. – me había dicho.

Caminé descalza por la arena, observando como se colaba entre mis dedos y jugando a pisar con fuerza y girar los pies, distorsionando las huellas. Era temprano y todavía no quemaba el aire.

La isla era pequeña, pero aún no la había recorrido entera. Era mi tercer día y estaba acostumbrándome a mí.

Me acerqué hasta la orilla sin llegar a mojarme. Se acercaba la barquita, con el joven del timón, Y alguien más. El joven alzó la mano y yo respondí al saludo.

Me alegré de estar allí, ¿suerte, casualidad, destino, magia...? Pensé en como se entrecruzan los hilos de la historia, los cambios de dirección y color que experimentan.

Trabajaba en lo que podía y estudiaba lo que me gustaba. No recuerdo bien si lo soñé pero cuando se me acabó el contrato una idea disfrazada de distintas palabras me acompañaba a todas partes, “atrévete”, “es un buen momento”, “lo necesitas”, “te vendrá bien”... las ofertas de viajes en estas fechas eran ofertones y no sé como llegaban a mis manos, al buzón folletos y revistas de viajes. Una mañana me levante decidida y saqué el billete antes de enfriarme. A la Canarias. Que iba a hacer yo allí, no lo sabía. Pero esto formaba parte de la idea que me perseguía.

Una ola me lamió los pies, el frío me trajo de nuevo a La Islita., la barca había llegado y el nuevo visitante, después de bajarse ayudó al joven a descargar algunas cajas. Dudé entre acercarme o continuar mi paseo. No tenía ganas de estar con gente, pero me pareció poco educado no echar una mano, iba a acercarme cuando la idea volvió a mí y me recordó: ¡escúchate! Sin mucha seguridad giré y continué caminando.

Aterricé en la isla con una mochila, un autobús me acercó al centro y caminé sin rumbo sorprendida del sitio al que había ido a parar...¿Que pinto yo aquí? El cielo nublado condensaba un calor que mojaba las camisetas y secaba las bocas. Me senté en la única

terrazza que vi a tomar algo fresco y a ver que se me ocurría. Estaba apoyando mis pies sobre la mochila cuando se acercó el hombre de los periódicos. Tenía la tez oscura, la cara surcada de dunas y el pelo cano. No me gusta que me aborden desconocidos, ni jóvenes ni viejos, contándote su vida. Su mirada azul transparente me pareció un lago en el que desearías quedarte flotando y su boca la imaginé llena de sabiduría, historias y cuentos. Me preguntó si podía utilizar la otra silla, y se pidió un cortado. Cogió un periódico del montón que llevaba y se puso a leerlo. De pronto era yo la que tenía ganas de hablar con él. Le pregunté si vendía los diarios y acabó contándome su vida y como La Islita, una pequeña isla junto a la Gomera era de su familia por una serie de lazos de sangre y avatares de la historia.

Empecé a notar como la arena calentaba mis pies. El sol había avanzado y sus rayos iban cogiendo confianza, ahora acariciaban la tierra con más ganas y determinación. Volví a mi chocita, tomé un zumo de naranja y dos mangos y me eché en la hamaca. Como dijo el hombre de los periódicos aquello era el paraíso. Apenas leía, o escribía, no quería historias que me transportaran a otros mundos, solo quería estar allí y bañar mis sentidos de sal.

Hacía cuatro años que uno de sus hijos se había ido a vivir con su mujer a La Islita, Se construyeron una preciosa casa de madera y cultivaban una huerta con productos biológicos que luego vendían. Hacía dos años que habían pensado hacer pequeñas chavolitas para que pudiera ir gente, no querían convertirlo en un lugar turístico pero habían tenido una hija y sabían que iban a necesitar dinero, después de todo esto era una decisión de ellos dos, no de la pequeña. Les gustaría poder ofrecerle alguna otra posibilidad cuando ella creciera. Estaban de prueba, no se habían anunciado pero ya habían tenido algunas visitas. La experiencia había sido unas veces buena y otras no tanto pero habían decidido seguir adelante con el proyecto.

Me desperté con hambre, de nuevo había caído en las redes de la hamaca. Recordé las cajas que habían traído en la barca y deseché mis latas de bonito y pate. Me calce las chanclas para atravesar el pequeño desierto y me dirigí a la casa de madera. Hoy comería con gente.

El nuevo visitante parecía conocer muy bien a la pareja y tener mucha confianza con la pequeña. Le llamaban Alex. Me pareció curiosa su forma de comportarse, como si se considerase muy atractivo o un gran seductor. Por sus comentarios deduje que viajaba mucho.

Después estuvieron hablando de música. Este tema no es mi fuerte, canto fatal y a penas conozco a los grandes de la música. Puedo pasarme meses sin escucharla. Así que desconecté es una conversación en la que no puedo aportar nada y para mí es como si hablaran de programas informáticos.

Me han dicho que me pierdo algo impresionante. Y debe ser cierto, teniendo en cuenta las masas que mueve... pero como desconozco no lo hecho en falta.

La semana se me pasó rápido, a veces comía sola mis latas de pate y otras me acercaba a la casa. Me descubría en las conversaciones y en los juegos en el trato cercano y en el cambio que se produjo en el nuevo.

Alex visitaba mi chavolilla de vez en cuando y pasábamos horas hablando. Era el sobrino del hombre de los periódicos. Le encantaba La Islita y se solía escapar dos veces al año para ser él y olvidarse del mundo. Era su método de cura, su tabla en el océano y su cordón umbilical, decía.

Yo le dije que había venido a lo mismo a ser yo, sin convenciones sociales, presiones y todo eso... pero que ya me iba a ver que pasaba... a ver si algo de lo vivido quedaba. Y si no nos volveremos a ver aquí, en la Islita para terminar la terapia.

La vuelta no fue tan dura como esperaba, me sentía descansada y a gusto conmigo. Cuando llegué a casa decidí hacer algunos cambios y tirar cosas. Revolviendo encontré unos discos de mi hermana, unos ojos familiares me miraban desde la carátula, con esos ojos había hablado yo las últimas dos semanas, y allí junto a su cara estaban la respuesta, mi amigo era Alejandro Sanz.